todas partes, y siempre, al príncipe de los Apóstoles bajo la figura de Moisés.

Estos artistas no carecían de razones, sin embargo, para trazar, sin intención alegórica, este gran milagro á los ojos de los fieles. Recordándoles los inesperados recursos que la omnipotencia de Dios sabía emplear para salvar á su pueblo, reducido á la más extremada angustia, debía reanimar el valor en sus corazones, abatidos por las persecuciones, sin éxito aparente, de la iniquidad triunfante.

5.° Moisés recibiendo las tablas de la Ley (*Éxod.*, XXXI, 18). Este asunto se ve en la mayor parte de los monumentos, y en particular de los sarcófagos que reproducen el milagro del agua brotando de la roca al contacto de la vara de Moisés (véase Bosio, *passim.*). Una mano saliendo de una nube le presenta las tablas del Decálogo. Las recibe con respeto, y su pie derecho está algunas veces puesto sobre una colina ó una roca, que recuerdan el monte Sinaí, donde tuvo lugar este memorable acontecimiento (Bottari, tav. XXVII). Puede considerarse la representación de este hecho, tan frecuentemente repetido, como una protesta contra la doctrina de los maniqueos, que pretendían (San August. *Ep.* CCXXXVI, n. 2) que Moisés había recibido la Ley del príncipe de las tinieblas y no del verdadero Dios. En las tumbas ó en las paredes de las cámaras sepulcrales, confirmaba este asunto que el muerto había escapado del contagio de esta herejía, tan extendida en los primeros siglos.

6.° Moisés rompiendo las tablas de la Ley ante la idolatría del pueblo (*Éxod.*, XXXII, 19). Está de pie, teniendo las tablas en la mano izquierda y levantando la derecha en señal de alocución; sus cabellos están erizados, su rostro lleno de santa cólera (Bottari, tav. LXVII).

7.° Moisés enviando emisarios para explorar la tierra prometida (*Num.* XIII). Damos este sentido, según Bosio y Bottari, á un fresco del cementerio de Priscila (Bottari, tav. CLXI, 3). Tres personajes figuran únicamente: uno de ellos, que por su larga túnica adornada con bandas de púrpura y por la vara que tiene en la mano, se juzga ser superior á los otros dos, vestidos de corto, parece darles órdenes é indicarles un objeto lejano. El primero parece ser Moisés, los otros dos Josué y Caleb, que, como se sabe, formaron parte de la expedición.

8.° Además de estos monumentos donde están representados algunos hechos aislados de la historia de Moisés, tenemos la historia casi completamente reproducida en una serie de cuadros de que se compone el mosáico de Santa María la Mayor, de Roma, la cual data del siglo V (véase Ciampini. *Vet. monim.*, I, tab. LVI, seqq.). Se ve en ella, en primer término (tab. LVI, 2), la hija de Faraón sentada en un trono, encargando á la madre de Moisés la crianza de su hijo, salvado de las aguas. Tres jóvenes acompañan á esta mujer: una lleva el niño envuelto en mantillas, otra la cesta donde fué encontrado. En la parte inferior de este cuadro se presenta Moisés acusado de homicida delante de Faraón. Después (n. I) el matrimonio de Moisés y de Séfora, y el mismo Moisés guardando las ovejas de Jetró, su suegro. Este último asunto está reproducido también en el mosáico de San Vital de Rávena (Ciamp. *Vet. mon.*, II, tab. XXI, 4). El compartimiento LVII lo presenta volviendo á Egipto con su mujer y sus hijos después de su destierro al país de Madian; lleva la vara, con ayuda de la cual obrara tantos prodigios. Su hermano Aarón viene á su encuentro y se arrodilla delante de él. Más abajo, los israelitas, murmurando contra su Dios, ven caer en medio de ellos una lluvia de codornices. Viene en seguida la historia del becerro de oro (LVIII); después (LX) Moisés haciendo brotar el agua de la roca, y debajo también Moisés ordenando á Josué que salga con tropa escogida al encuentro de los Amalecitas, mientras que él mismo sube á la montaña para orar.

En el cuadro siguiente (LIX, 2) se percibe el combate empeñado en la llanura, y sobre la montaña á Moisés, que hace sostener por Aarón y Hur sus brazos, fatigados por la prolongada oración. El compartimiento LXI presenta la sublevación de Coré y de sus compañeros contra el legislador (*Num.* XVI), y, por último, en el LX (fig. 2), Moisés envía á los israelitas el libro del *Deuteronomio*, mandándoles que lo guarden en el Arca de la Alianza.

9.° Apenas conocemos más que un ejemplo antiguo de la representación de Moisés en el asunto de la transfiguración. Nos lo facilita un mosáico de Santa Catalina en el monte Sinaí (L. de la Borde, *op. cit.*). Moisés está colocado á la izquierda de Nuestro Señor. Este asunto está trazado también, pero de una manera figurada, en el mosáico de San Apolinario de Rávena, monumento del siglo VI (véase el artículo *Transfiguración.*)

MONASTERIOS (véanse los artículos *Monjes* y *Ascetas*).—Desde el principio de su institución, los monjes se habían multiplicado de tal modo, que San Antonio tenía 5.000 bajo su dirección (Rufin. *Vit. Patr.*, I, c. 2), y Serapión 10.000 (ídem, ibíd., c. XVIII): hasta

el punto de que los rincones más apartados del Oriente eran más frecuentados que las ciudades populosas. Nuestra Galia no se quedó atrás en este piadoso movimiento: testigos los monasterios de Lerins y de Marsella, y el de la isla Barba á las puertas de Lión, que se ha pretendido hacer remontar hasta la persecución de Septimio Severo. El monasterio de Agaunum parece también ser uno de los más antiguos de nuestra comarca.

Los monjes debieron construirse casas, diferentes según la clase de su instituto. En el siglo V habitaban lugares escarpados y desiertos y las celdas estaban construídas todo alrededor de un edificio principal que había en el centro. Esta clase de monasterio fué llamado *cœnobium*, y los monjes que lo habitaban *cenobitas*, nombres relativos á la vida común (véase el artículo *Monjes*).

Otros religiosos que San Jerónimo llama *Remobothi* (*Ep. ad Eustoch. De virg. serv.*), y Casiano *Sarabaitæ* (*Collat.*, XVIII, 7), tenían habitaciones mucho menos espaciosas, porque, reunidos en número de dos ó tres solamente, y sin abades (ídem, ibíd.), habían fijado su morada en el interior de las ciudades ó de las aldeas (Hieron, ibíd.). Pero este género de vida monástica está condenado por los escritores del siglo V, y el nombre de *monje* se reservó únicamente á los cenobitas. Los monasterios propiamente dichos (μοναστήριον, lugar donde se vive solo, de μόνος, solo), estaban, pues, en un principio situados en los desiertos; este estado de cosas duró poco, porque desde fines del siglo IV los monjes se aproximaron á las ciudades; pero sus casas estaban colocadas fuera del recinto de las murallas (Aug. *Retract.*, l. I, c. 21): después del siglo V fué cuando los cenobitas se fijaron en el interior de las ciudades.

Los monasterios de mujeres datan de la misma época que los de los monjes, el siglo IV (véanse los artículos *Vírgenes* y *Viudas*). San Antonio fundó uno en Egipto, á la cabeza del cual puso á su hermana (véase Athanas. *In. Vit. ant.*, c. XIX), y San Pacomio puso también á su hermana por superiora de una comunidad de vírgenes fundada por él en Palestina (*Ipsius Vit.* inter *Vit.* PP., c. XXVIII). San Basilio fundó varios monasterios de doncellas en el Ponto y la Capadocia, y esta institución se desarrolló hasta tal punto en Oriente, que á principios del siglo V se contaron hasta 250 vírgenes en un solo *cœnobium* (Theodoret. *Hist. eccl.*, c. XX).

En Occidente hubo también numerosos monasterios de vírgenes desde el siglo IV, como lo aseguran los escritores contemporáneos y particularmente San Jerónimo. En Roma, Santa Constanza levantó uno cerca de la basílica de Santa Inés (*Cod. S. Petri ap. Bosium.*, página 418); el que Marcela estableció, según los consejos de San Atanasio, estaba situado probablemente en el *ager Veranus*, cerca de la basílica de San Lorenzo y del cementerio de Ciriaco (De'Rossi. *Bullett.*, 1863, pág. 77); San Eusebio de Vercell fundó uno casi en la misma época cerca de su iglesia (Maxim. Taurin. *Serm. de S. Euseb.*). San Ambrosio los estableció en Milán (Ambros. *Exhort. ad virg. laps.*, c. 7), y San Agustín en Africa (Possid. *In ejus Vit.*, c. ult.). En nuestra Galia existían en el siglo V, según el testimonio de Sulpicio Severo (*Dial.* IV. *De Vit. S. Martini*). El monasterio de San Ambrosio fué particularmente célebre. Entre las vírgenes que lo habitaron desde un principio, brillaban sobre todo la hermana del Santo, Marcelina, y la compañera de ésta, Cándida. Este mismo Padre asegura que venían de Plasencia, de Bolonia y hasta de la Mauritania, á recibir el velo de sus manos: *De Placentino sacrandæ virgines veniunt, de Bononiensi veniunt, de Mauritania veniunt ut hic velentur* (Ambros. *De Virg.*, lib. I, cap. 10). En la iglesia de San Nazario se encontró en tiempos de San Carlos el epitafio de una virgen que probablemente pertenecía á este monasterio: DAEDALIA VIVAS IN CHRISTO. La sencillez de la forma confirma la antigüedad del monumento.

MONJES (Origen de los).—I. El origen de la vida monástica no se remonta más allá del siglo IV (véase el artículo *Ascetas*); hasta entonces, el estado de revueltas y de persecución en que se agitaba la Iglesia había hecho imposible este género de existencia que no se fundaba más que en la calma y en la paz.

San Antonio fué el primero que, en las partes más ocultas de la Tebaida, reunió cierto número de cristianos para hacer allí vida común y consagrada á la práctica de los consejos evangélicos (Bolland. *Act. januar.*, t. II, die XVII). Su ejemplo fué seguido por Eugenes ú *Hones* en ciertos lugares de la Mesopotamia; por Pacomio é Hilario ó Hilarión en Palestina; por Æmata y Macario, discípulos del mismo Antonio, en los desiertos del Egipto y de la Siria (Athanas. *In Vit. Hilarion*).

Esta institución fué llevada de Oriente al Occidente por San Atanasio y sus compañeros que, en 341, huyendo de la persecución de los arrianos, se refugiaron en Roma (ídem, *In epitaph. Marcell.*); de allí á las Galias por San Martín, obispo de Tours (Sulp. Sev. *Vit. S. Martin.*, IV y V), y al Africa por San Agustín (Possidon. *Vit. S. Aug.*, cap. ultim.), que afirma él mismo (*L. de morib. Eccl. cath.* XXXI) que en su tiempo había ya monjes en todo el universo. Hemos dado, en un artículo especial al cual nos referimos, un cuadro cronológico de las *órdenes religiosas* hasta el siglo VI inclusive.

II. Fueron llamados *monjes*, de μονος, solo, á causa de su vida solitaria, y *cenobitas*, de κοινός, común, y de βιος, vida, á causa de la

vida común que llevaban. Se abstenían de carne y de vino (Augustin., *loc. laud.*), se alimentaban con pan y frutos secos, salvo el domingo, en que les estaba permitido comer legumbres cocidas (Cassian. *In Vit. Eutym.*); y todavía se procuraban este mezquino alimento, así como sus vestidos, por el trabajo de sus manos, lo que hizo decir á San Jerónimo (ibíd.) que tenían las manos callosas. Así, durante toda la semana se dedicaban al trabajo y á la oración; el domingo se volvían á la iglesia, donde tenían un sitio independiente; en ella cantaban los salmos y comulgaban con los fieles, y después de la liturgia se retiraban á sus monasterios (véase Altass. *Ascetic*, I y II).

En la montaña de Nitria, habitada por 5 000 solitarios, no había, según el testimonio de Paladio (cap. VII), más que una sola iglesia, pero muy vasta: *In hoc monte Nitriæ una est maxima ecclesia.* Entre un número tan considerable de religiosos, no había más que ocho sacerdotes, y sólo el más antiguo decía la misa.

Si eran poco numerosos, estaban gobernados por un solo jefe (Hieron. *Ad Rustic.*); si eran en mayor número, estaban divididos por centurias, bajo un *centenarius*, centurión, ó por decurias, bajo un *decanus*, decano, con un jefe á la cabeza de cada división, y todas las divisiones obedecían á un abad, que era el padre de la comunidad, *pater* ó ἄββας, de otro modo *hegumenus*, es decir, *præces*, y *archimandrita*, archimandrita, *de mandra*, rebaño, porque él era, en su rebaño, el *guardián* y el doctor de las ovejas (idem. *Ad Eustoch. De virginit. servand.*—Augustin. *De morib. Eccl. cath.*, XXXI).

Tal fué la primitiva institución del estado monástico. Pero apenas había corrido un siglo desde su nacimiento, cuando se introdujo cierta relajación en esta admirable vida, en Oriente y en Occidente. El juicioso Pelliccia (*De eccles. polit.*, I, pág. 110) atribuye esta disminución de fervor á que los monjes empezaron entonces á pretender y á conseguir los cargos clericales. Se sabe, en efecto, por el testimonio del Papa Siricio (*Epist.*, I, c. 3), que desde el siglo IV, en Occidente, fueron poco á poco admitidos en las filas del clero, ya á petición del abad, ya por las reclamaciones del pueblo, como lo sabemos por San Jerónimo (ibíd.).

En Oriente, como falto de clérigos desde un principio, el obispo llamaba algunas veces á los monjes para desempeñar las funciones clericales en la liturgia (Sozom. *Hist. Eccl.*, VIII, 17); poco á poco, desde el siglo V, sus abades, llamados entre los Griegos *archimandritas*, fueron elevados al sacerdocio, y sus monjes á los diversos órdenes de la clericatura. Bien pronto, por uno de esos movimientos de que la historia ofrece numerosos ejemplos, los monjes se esforzaron en adelantar á los clérigos, hasta el punto de que en el siglo V venían inmediatamente después de los sacerdotes y antes que los diáconos (Epiphan. *Hæres.*, LXVIII). Los archimandritas asistían también á los concilios (*Concil. Constantinop.*, I, etc.), y más de una vez fueron honrados con la dignidad episcopal (Sulpic. Sev. *De Vit. S. Martin.*, c. X).

Sin embargo, hasta entonces los monjes iniciados en las santas órdenes, no formaban sino una humilde minoría; sólo en el siglo VI San Gregorio igualó el instituto monástico con la clericatura, y promovió los monjes á los órdenes sagrados, aunque no iniciado en los órdenes menores (l. IX, *epist.* 13), disposición que fué confirmada á principios del siglo VII por Bonifacio IV. De ahí proviene que en esta época los monjes fueron llamados *clérigos* (véase Mabillon. *Præfat. ad Sæc.*, II *ordin. S. Benedict.*).

Pero como desde el siglo V los monjes de Occidente se habían separado ya mucho del espíritu primitivo de su institución (véase Sulp. Sev. *Dial.*, I, c. 8), en el siglo VI fué excitado San Benito para recordarles y perfeccionar también la práctica monacal (Mabill. *Sæc.* I. —*Annal.*, t. I). En poco tiempo, sus reglas se extendieron por el Occidente, y abandonando sus antiguas constituciones, todos los monjes occidentales se colocaron bajo la ley de este gran maestro, de tal modo, que en el siglo VIII no había ya más orden monástica entre los Latinos (ídem. *Præfat. sd Sæc.*, IV).

III. Los monjes de los primeros tiempos no tenían regla escrita ni dividida por capítulos; las enseñanzas de los antiguos se transmitían por la tradición, y el Evangelio era el fondo único de sus reglas (véase *Coteler. Comment. ad vet. PP. apophteg.*, *sect.* IV). El primero que ha trazado reglas en Oriente para los monjes, es San Basilio, obispo de Cesárea, de Capadocia, en el siglo IV; y estas reglas fueron adoptadas por todos los monjes orientales, que las observan todavía hoy, con ligeras modificaciones exigidas por el tiempo y los lugares.

Desde el Oriente, la regla de San Basilio penetró en Occidente hacia el siglo VI, porque hasta entonces los monjes de las Galias y de las Españas no habían tenido reglas fijas; algunos opúsculos ascéticos existían entre ellos, opúsculos debidos, desde luego, á San Cesáreo, obispo de Arlés (*Vit. ap. Sur.*, c. XV, *die aug.* XXVI), y después á Casiano y á San Martín de Tours. Así, San Columbano, en el siglo VI, fué el primero que dictó en las Galias una regla monástica completa en todas sus partes, y casi en la misma época de San Isidoro, obispo de Sevilla, se compuso una *ex professo* para los monjes españoles, que la conservaron hasta el siglo VIII (véase Pelliccia, ibíd., 115).

IV. El vestido de los monjes fué siempre pobre y tosco, pero de formas variadas, según los institutos y los países. Los cenobitas de Egipto habían adoptado el *lebitus* ó *colobium*, la *cuculla* y la *melotes*. Pero el principal y el más extendido era el que llamamos *cuculla*, según San Benito y las decretales de los

Papas. Estuvo en uso entre los antiguos monjes aun antes de San Benito, y Sozomeno (*Hist. eccl.*, III, 13) lo describe de este modo: «Los monjes se cubrían la cabeza con un vestido que se llama vulgarmente cogulla.» San Efren la menciona también, y sabemos por Paladio (*Hist. Lausiac*, XIII) que este Santo la llevaba, así como los discípulos de San Pacomio. También encontramos mención de la cogulla en Casiano y San Doroteo. Además la cogulla cubría la cabeza y bajaba hasta la mitad de los hombros; en la orden de San Benito cubre todo el cuerpo.

El *colobium*, de otro modo dicho *lebitus*, era un vestido de lino sin mangas. Casiano (*De Instit. cœnobit.*, l. I, c. 5) dice de sus monjes: «Están vestidos con *colobia* de lino, que apenas llegan á la muñeca y dejan las manos en descubierto.»

El vestido dicho *melotes* ó *melotæ* se encuentra con frecuencia en la vida de los Padres, y Casiano (I, 6) lo describe con estas palabras: «Su último vestido (de los monjes de Egipto) es una piel de cabra, llamada *melotes* ó *pera*.» También San Jerónimo, en su prefacio á la regla de San Pacomio (n. IV): «Una piel de cabra que se llama *melotes*.» Rufino (*Vit. PP.*, IX): «*Melotes*, que es una piel de cabra.» San Benito usó también este vestido, si hemos de creer á San Gregorio (*Dialog.*, l. II, c. 7). Se sabe que San Pablo, en su *Epístola á los Hebreos* (XI, 37), asegura que este vestido, el más pobre de todos, era el de los profetas y el de los justos obligados á huir á los desiertos para sustraerse á la persecución. Pueden verse modelos de los vestidos de los antiguos monjes en un curioso cuadro de los funerales de San Efren, que Bottari ha reproducido al principio de su tercer volumen. Las diferentes ocupaciones de estos solitarios están allí también repre-

sentadas en una serie de grupos diseminados en los flancos de una montaña desierta y árida. No conociéndose nada más antiguo en este género, trazamos aquí uno de esos grupos. Tres religiosos están en una gruta. El más anciano está sentado en una silla de madera, y trabajando en una cesta, instruye ó exhorta á un jóven monje sentado á sus pies, y que parece muy atento á la palabra de su maestro. El tercero, de rodillas y con las manos elevadas, ora dirigiendo sus ojos á una santa imagen, la de Nuestro Señor ó de la Santa Virgen probablemente, que está pegada á la roca, y delante de la cual arde una lámpara suspendida de la bóveda. En el suelo están colocados unos canastos, de los cuales uno está sin concluir.

También había otro hábito para uso de los monjes, el cual se llamaba *maforte;* consistía en un pequeño manto que cubría la cabeza y los hombros, pero diferente de la cogulla. ¿Era ésta igual á la ἀναλάβον, *superhumerale*, que llevaban los monjes de Egipto? Lo que indicaría cierta diferencia, es que, según los autores antiguos, este vestido se extendía en forma de cruz sobre los hombros.

Entre los Griegos y entre los Orientales, el *pallium* era el hábito propio y especial de los monjes, según Sulpicio Severo (*Epist. ad Masull.*), y se llamaban por este motivo *agmina palliata*. Entre los Griegos, las personas de ambos sexos dedicadas á la vida cenobítica llevaban el *pallium* de color negro. Manuel Comneno, *in extremis*, quiso, como acto de penitencia y de humildad, estar vestido de negro como los monjes: es lo que nos dice Nicetas (*In Vit. ips.*, l. VII). La cogulla hubiera sido molesta para el trabajo cuotidiano; San Benito la sustituyó, para este efecto, con otra especie de vestido llamado *escapular*, porque bajaba desde la cabeza hasta la parte inferior de la espalda; la cogulla llegó á ser un vestido de ceremonia y de coro (véase el artículo *Ordenes religiosas*).

El traje adoptado por los anacoretas se encuentra todavía hoy entre los pueblos de la Siria y del Líbano. Es la túnica negra que llevan sobre la piel, y el *cucullus* que sirve también, con el nombre de *albornoz*, de vestido á toda la población árabe (véase Texier. *Archit. Byzant.*, pág. 36).

V. Estudios monásticos. La ciencia no fué el objeto principal de la institución monástica. Sin embargo, la conservación del orden y del fervor en los monasterios no era posible sin los estudios. El ministerio que ejercían los monjes, y de que no podemos formarnos hoy una idea muy exacta, supone evidentemente que la ciencia era cultivada por ellos (véase el artículo *Monasterios*).

He aquí cómo se componía el establecimiento de Tabenna, el primero de todos y que tuvo por fundador á San Pacomio. Los monasterios estaban bajo la dirección de un padre ó abad que tenía un segundo que le ayudaba en el gobierno. Un ecónomo tenía á su